

# EL SENTIDO DE LA UNIVERSIDAD \*

**Mns. CARLOS GONZALEZ CRUCHAGA**

Obispo de Talca, Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile.

Estamos comenzando el año universitario de 1989. Me han pedido una palabra para esta sesión inaugural. Vengo aquí como Obispo de Talca, donde se encuentra esta Sede de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Mi deseo es poder ofrecerles una reflexión que, de alguna manera, resulte para ustedes un servicio iluminador y siga presente en los días que seguirán a este encuentro y ojalá durante el año.

La Universidad no es un conjunto de saberes adquiridos, ni tampoco un conjunto de profesores y estudiantes o administrativos reunidos en un lugar físico y más o menos articulados entre sí. La Universidad es, ante todo, un ambiente, un clima extremadamente sensible y que, por ello, debe ser mantenido responsablemente por todos.

Se trata de un clima que está vinculado con lo más hondo del ser del hombre: con la búsqueda de la verdad, de la belleza, del bien. Es justamente esta búsqueda, la que constituye al ser humano como persona. El que no sigue buscando estas realidades ha renunciado, de hecho, a su propia condición de hombre o mujer. Se ha instalado en la vida y ha dejado de reconocerle a ésta su carácter siempre asombroso; su carácter histórico, es decir, su movilidad. Quien se ha instalado es un mediocre y espero que no haya ningún mediocre entre ustedes.

Así como las personas, así también las sociedades humanas viven sus propios procesos. Quien no enfrenta y asume sus procesos personales, se instala y renuncia a vivir. En algún sentido, los procesos sociales, cuando se permanece abierto a ellos, son también personales. Pero, más allá de nuestra constatación, todos somos

testigos del modo cómo va cambiando la historia y de la aceleración que esos cambios tienen en la actualidad. No advertirlo -o peor aún- no asumirlo, significa quedar fuera de la historia, lo que importaría muy poco si no fuera porque para servir al hombre no queda sino el camino de avanzar con él en medio de las mismas realidades en que se despliega o se reduce, en que vive o muere.

Por eso decimos que la Universidad no es sólo un conjunto de saberes adquiridos. Es eso, y al mismo tiempo una realidad mucho mayor. Es la búsqueda de la verdad en la ciencia, de la belleza en el arte y del bien en la moral. En una palabra es la búsqueda de un sentido, de un sentido para vivir. Cuando no se ha encontrado el sentido de la vida se sobrevive en la angustia, en el temor, en un vacío existencial extremadamente peligroso porque mata el deseo de vivir. Es el drama que afecta a muchas personas en nuestra sociedad. La gran mayoría de los suicidios se explican por esta ausencia de respuestas coherentes que dan sentido a una vida.

Tenemos hoy día, quizás más que nunca antes, la experiencia de la cantidad enorme de saberes que ha proporcionado la ciencia y que, al mismo tiempo que provocan ese vertiginoso progreso social que vivimos, son una amenaza para el hombre. El átomo puede destruir la humanidad; la explotación indiscriminada de la naturaleza puede destruir el medio ambiente; la biogenética puede destruir el amor.

No basta con saber. No basta con acumular conocimientos. Es necesario encontrar un sentido para vivir y ello será posible sólo a partir de una actitud fundamental.

\* Clase Magistral en la Inauguración del Año Académico 1989 en la Sede Maule de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Cuando miramos la vida, procurando hacer la verdad en nosotros mismos, advertimos que ella es un misterio, un misterio siempre asombroso y sorprendente. Todo está dado y todo está por ser encontrado.

Lo propio del descubridor está en su capacidad para sacar lo que cubría a lo que ya estaba ahí, para desentrañar lo oculto. Lo propio del inventor está en encontrar lo que ya estaba antes. Lo propio del artista está en recrear, en relacionar de una manera nueva, elementos preexistentes. Pero, más en el fondo, lo propio del hombre está en ponerle nombre a las cosas, en llamarlas a un nuevo tipo de existencia. En dejar su huella en la naturaleza, humanizándola.

Sólo el que busca, el que mira con respeto, puede encontrar.

Pero, ¿cuál es el encuentro fundamental? ¿cuál es el encuentro que permite al hombre ser plenamente hombre?

Con toda la importancia y valor que puede tener cualquier descubrimiento científico ¿qué relevancia puede tener si finalmente no sirve para ayudar a un mejor encuentro entre los hombres?

Porque "encontrar", en la vida y en la historia humana, no puede tener otro sentido esencial que no sea el de "encontrarse" o ayudar a hacerlo.

El hombre como tal se realiza en el encuentro, en la comunicación. Aquel que vive incomunicado pierde algo básico de su personalidad. Una persona comunicada es una persona en comunión. Una sociedad comunicada es una sociedad fraterna. Pero una sociedad de "autistas" sería una sociedad deshumanizada. Que Dios les ayude a superar las incomunicaciones y las rupturas que cortan el diálogo y la posibilidad de entendimiento.

Y sabemos bien que para que una comunicación pueda ser verdadera debe permanecer abierta a los otros, a su propio lenguaje, a su experiencia, a la palabra que, de algún modo se nos ofrece en la sociedad.

Pero, hay palabras y palabras. Las hay que son puramente formales, esas que usamos simplemente para convivir en términos rituales y que tienen, de todos modos, su importancia. Hay palabras que provocan relación, que descubren y también inventan, que interpretan, que revelan. Son estas últimas las que hacen posible la comunicación real, el encuentro y el sueño: la fraternidad real. Son ellas las que permiten descubrir y formular el sentido de la existencia. Son ellas las que muestran según y cómo las usamos, la actitud fundamental que tengamos frente a la vida y a los demás.

El punto que tocamos es crítico porque la palabra humana también es ambivalente. Podemos hablar mucho y no decir nada. Podemos hablar mucho para no decir nada. Podemos hablar para ocultar nuestra palabra esencial, para ocultarnos a nosotros mismos. Podemos hablar para destruir, para marginar y hasta para dar muerte a otro.

Pero podemos hacerlo también para acoger, para dar cabida al otro en mí mismo, para darle cabida en la vida y en la historia.

Esta es la palabra humana imprescindible. Es ella la que construye a las personas y a las sociedades humanas. Ella nace de la búsqueda, de la actitud fundamental de apertura permanente, de los ojos que se guardan limpios y pueden seguir mirando con respecto.

La Universidad es ante todo un ambiente, un clima, creado responsablemente por todos, cuidado, alimentado y mantenido, donde es posible siempre preguntar con respeto, buscar infatigablemente, más allá de lo ya encontrado; acoger; y, con el otro y con los otros, ir creando cotidianamente su ser más íntimo.

El que descubre e inventa, el que vuelve a crear y quiere hacerlo dándole a todo ello un sentido y ofreciéndolo a los demás como un verdadero servicio, es el que toma conciencia del misterio. Del misterio del otro y de su historia personal; del misterio de la vida como historia, pero también del misterio de la vida como creación. Hay siempre una mayor hondura, que la que ahora sospechamos, en lo que tenemos por delante. Hay, igualmente, una mayor extensión que siempre nos desborda y no somos capaces de abarcar.

Ubicarse ante el misterio consiste en aceptar un hecho, una realidad, y adoptar una actitud coherente, consecuente.

Cuando olvidamos esta realidad o no procuramos asumirla, corremos el grave riesgo de despedazarla y destruirla.

No es ésta la tarea del hombre o la mujer de la Universidad. No se trata, entonces, de manejar algunos conocimientos dispersos para hacer con ellos cualquier cosa. Se trata, por el contrario, de buscar afanosamente y encontrar aquellos sentidos globales que nos ayuden a ubicar las especialidades académicas en contextos más amplios que nos permitan finalmente conocer y servir mejor al hombre, centro absoluto de la creación.

Hasta aquí hemos hecho una breve reflexión sobre la Universidad y su tarea sustancial. Ahora podremos entrar en la significación de una Universidad Católica.

La palabra "Katoliké" significa "universal". La

Iglesia es católica porque, desde la intención de Jesucristo, su fundador, Ella es para todos los hombres y para todas las honduras humanas. Su misión viene desde el Padre Dios; Ella es toda para el servicio. Por eso camina con todos los hombres, a lo largo de la historia y a lo ancho de cualquier geografía. Para comprenderlos, para abrirles el sentido más hondo de la existencia, para ofrecerles infatigablemente una esperanza que no se acaba y que es don gratuito y tarea permanente.

Si ante el encuentro y el intento de comunicación con cualquier ser humano nos topamos con su propio misterio y con el nuestro; el encuentro con el Dios personal de la fe no puede sino significar el descubrimiento del Misterio, con mayúscula, el descubrimiento del que es totalmente Otro.

Este es precisamente el don: el que es totalmente Otro nos abre su propio misterio y entra, por iniciativa suya, en comunicación con nosotros. El quiere entablar un diálogo con nosotros y nos habla, con su Palabra que es Jesucristo, de un modo también personal.

Jesús, en quien conocemos al Padre, se nos hace cercano y se nos ofrece como Camino, Verdad y Vida: de El, de su propia experiencia personal, surge el verdadero método, el estilo, la actitud fundamental del hombre -y más aún del hombre de la Universidad- para poder vivir humanamente, para poder descubrir la verdad, que siempre se nos propone y que siempre puede ser nueva. Nosotros podemos descubrir, sacar el velo que cubre la realidad de la naturaleza. Solamente los seres personales pueden revelar lo oculto de su propia intimidad, lo que entre nosotros puede generar una comunicación profunda que conduzca a la comunión interpersonal.

Cuando Dios mismo toma la decisión de revelar su propio ser en su Hijo Jesucristo, entonces, provoca, llama a la comunión con El. La acogida de su acto de comunicación, que es su Palabra, nos introduce en el camino de la Verdad y de la Vida, nos pone ante el misterio del que es totalmente Otro, nos enseña a mirar y a respetar, a descubrimos como hijos y, por lo tanto, como hermanos de todos.

Una Universidad Católica está llamada, en primer lugar, a ser verdadera Universidad. Una Universidad Católica está llamada a ser universal. Esta universalidad no depende tanto ni solamente de la acogida en sus aulas de todas las ciencias y las artes sino más bien del modo cómo se las acoge, del estilo fundamental que en su interior se asume como responsabilidad y se comparte entre todos y del modo cómo ella -y cada uno de sus miembros- asume el servicio de la verdad, del bien común de la sociedad en que se encuentra inserta, de la fraternidad y la justicia entre todos los hombres que, lo sepan o no, son hermanos.

Ustedes inician un nuevo año académico en esta sede de la Universidad Católica. Les invito a que reflexionen estas palabras. Pero, por sobre todo les aliento a llegar a ser profundamente universitarios católicos, es decir, hombres que buscan la verdad, la belleza y la bondad con una apertura interior que les abra el horizonte hasta la universalidad. No caigan en estrecheces o en pequeñeces. No se dejen llevar por la mediocridad o el tedio. Expresen toda la riqueza del entusiasmo juvenil en la búsqueda que a ustedes mismos los haga ser descubridores. Así crecerán como personas, como hombres y mujeres, y también estarán entregando su aporte al crecimiento en humanidad de nuestra sociedad.

(Talca, Abril 7 de 1989)

